

V I N D I C A C I O N D E L A C O N C I E N C I A

(Fragmento de un estudio)

Relampagueó en la platónica frente del poeta: «sólo, sí, pero muy bien documentado»...

Los grandes artistas se documentan al igual que los sabios. Es que la documentación no es exterior, sino entraña de la obra misma. De golpe no se crea nada importante y la propia experiencia que se apunta o recuerda, tiene algo de documento. Nadie niega la facilidad y genialidad de la creación inconsciente, pero a distancia repercute la conciencia. Y el demonio de Sócrates no aparece del todo donde no haya alguna divinidad **hiperconsciente**. Al oráculo de Delfos se le consulta y se le interpreta y en la consulta ya se encuentra un poco el Dios de la respuesta...

Los tránsitos entre lo consciente y lo inconsciente —como entré lo espontáneo y lo voluntario— son imperceptibles. De ahí que discutir si el nacimiento y elaboración de una obra ocurre todo aquí o todo allá, es como discutir si la estatua se debe al mármol que quitó o al mármol que dejó el cincel del escultor...

Salvo contados vindicadores de la conciencia (Poe, Rodin, Valery...), en el Arte se le subestima. Baudouin sostiene que el artista proyecta sus complejos en su obra, de predominio subconsciente. Pero en toda crea-

ción artística, la conciencia participa de modo inmediato y remoto, espontáneo y voluntario, con más o menos acierto en los distintos autores y en los distintos momentos de la actividad creadora de un mismo autor. A la conciencia se le pide **súbita** respuesta, como si todo lo que ella **puede** estuviese pronto a darse o dado en cualquier instante, olvidándose de sus resortes para la remoción de lo inconsciente... Además ¿ella misma no es también **creadora?**...

Acaso esté un tanto desvirtuada la valoración estética por la idea de consciente e inconsciente. Parecería que donde existe una mayor actividad inconsciente existe también una mayor actividad consciente. La auto-crítica no siempre lo confirma; pero es indudable que en los grandes artistas se advierte una especie de **hiperconciencia** estética. Se exagera la significación de hechos como el de Cervantes, en apoyo de la inconciencia del genio, quien al juzgar sus propias obras, no puso en primer término a Don Quijote, de cuya importancia, no obstante, tenía plena conciencia y el testimonio expreso está en su segunda parte, o como el caso de Wagner, quien confesara a Helmholtz que valía más su producción literaria que su música...

¿No habrá aquí, entre otros complejos, uno de **defensa**, anteponiendo obras que por sí mismas no se defienden bien a obras cuya grandeza nadie se atrevió a desconocer? Goethe manifestó a Eckermann que sobre toda su creación artística estimaba su teoría de los colores... No parece tenga esto otro sentido que querer respaldar un hijo débil y castigado en hijos fuertes, respetados y admirados.

Pocos artistas tan espontáneos, originales, interiores y vigorosos como Miguel Angel. Sus criaturas **nacen** del mármol a la manera del ave que rompe la cáscara del huevo con el natural y ciego impulso de la vida en el pico ¡y con qué lúcida conciencia trabaja su obra!...

El **esfuerzo que se ve**, no todo esfuerzo, es el que empaña la emoción estética; el esfuerzo que no entra, que no queda oculto es el que hace del artista un artesano y de la obra de arte, un artificio. Ni la facilidad, que es **test** de velocidad, no de profundidad, ni la conciencia o

inconsciencia del autor son criterios en sí de valoración.

Candorosa es la creencia de que está al alcance de todos lo que se obtiene mediante un esfuerzo. No se repara en que éste no es posible **in vacuo** y en que, salvo rarísimas excepciones, falta de continuidad es ausencia de poderes...

Nadie avanza sino venciendo cada vez con menos ayuda y recursos ajenos, día a día nuevos obstáculos, para llegar a ser, al fin, **verdaderamente un solitario**, pero no de esos ilusos de la fácil soledad de no ver ni oír a sus semejantes: al revés, solitario por la lejanía espiritual en que se encuentra para los otros, solitario más allá y no más acá de lo vulgar.

Sin un período de gestación consciente e inconsciente, no hay obra a término. Además, el fruto se nutre con la savia elaborada en la experiencia integral de la vida: casi nunca se tiene presente, cuando se hace la exégesis de la espontaneidad de lo inconsciente, con desestimación de la conciencia, el madurarse del autor, pues éste, aún genial, sazona su originalidad con la experiencia y la cultura. Nunca la primera fué obra maestra. ¡Y cuántos ensayos **in mente** y de hecho que ignora la Historia! ¡Y cuánto no deberán las obras más notables a tentativas mediocres que le precedieron!

Ocurre la irónica coincidencia en todas las latitudes del espíritu, de que la mayoría de quienes pretenden ser más originales resistiendo y desdeñando la cultura, sólo logra decir algo interesante cuando está cargada de reminiscencias, hartas veces de lo que nunca se informó bien: es, entonces, y con la aparente altivez de personalidad fuerte, eco del eco y humilde imitadora en degradación...

Es un error considerar de puro artificio la actividad consciente en la creación artística. ¿Y en qué momento tenemos plena conciencia de la conciencia misma y advertimos en un todo su fecundidad? ¿Hay, acaso, algún proceso psíquico que no sea actividad integral, con una u otra dominante? ¿Y qué sabemos de las repercusiones de la conciencia en el círculo máximo de la vida? Por una subrepticia metafísica del espíritu solemos caer en la afirmación de que es (o como si fuera) simple epifenó-

meno, no importa que antes se haya negado.

Muchísima de la enorme experiencia que se da en el vivir, o no la recordamos en absoluto, como la de nuestros primeros años, o se desatiende por hallarse en el umbral de la conciencia. De ahí que la distinción entre innato y adquirido sea clara únicamente cuando no se ahonda. Son conceptos correlativos que se funden en una sola realidad: hay un punto en que lo adquirido tiene que confundirse con lo innato, puesto que es función de éste.

De las confesiones de los creadores como de las indagaciones de los críticos, se poseen datos que corroboran ya las ventajas de una producción en estado de ingenuidad como de una producción sabia. Es vano empeño doctrinario querer reducir a una modalidad todos los temperamentos. Si se puede comenzar ignorando, nunca se culmina en la ignorancia. Ningún gran maestro desconoció las grandes obras y siempre fué un atento explorador de sí mismo y de la Naturaleza, si no en todos; en algunos de sus aspectos. El más bohemio de los que llegan a ser maestros, es siempre un estudioso. Parece que el máximo rendimiento se logra con la sabia ingenuidad cuyas fuentes están del otro lado de la cultura y no de éste: la simplicidad que viene después de larguísimo camino de purificación... Los que han hecho este camino suelen aconsejar prescindir de toda sabiduría, olvidando que ellos fueron a través de ésta a la profunda espontaneidad de la vida, como en el esfuerzo de la intuición bergsoniana, y con curioso espejismo de que la cultura los hizo pesado para la marcha, les estorbó, no advierten que son, en esa honda espontaneidad, un resultado de la cultura misma, gran liberadora de los poderes más hondos y originales, de la actividad más sabiamente ingenua.

Clemente Estable.